

Entrevista con Yabo Mora, director de la colección Crónica Latinoamericana, en la que se ha publicado el libro *Sin maletas*, editado por Margarita Solano Abadía

El hombre de madera que se hacía preguntas

El hombre de madera de viacrucis de calientes devoluciones de afectados de hipotermia.

El hombre del espíritu de Tech City de trato afable de símiles y arrugas en la frente.

El hombre que se llama Yabo Mora («sin edad», «solo México»).

De repatrias en bandolera de chinas epopeyas animalario en el cabezón de Goya.

El hombre piensa piensa piensa en los cruceros de diamante en los hospitales de Wuhan de fármacos y Chewbaccas, de bullangueros publicistas descoloridos de disparos en el aire, despistados, celoso de Charlize Theron («ojos de nivel de agua de nivel de aire de tierra y de fuego»), sin prejuicios sin peligros sin dolientes alimentos colectivos.

Piensa.

Le da vueltas al coco le da vueltas y piensa y recose infinidad de países y grafitis y guantes y bufandas y trípodes, ceñudo, Abenamar, merino, abundante Yabo, Eduardo II, ojos de niebla, mandíbula de Craso, mentón de sargento, gafas de cuarteto de Alejandría y boca que es una cantata, abisalmente honda hondo y fonda, de invierno y pozo impune, mantas y suerte, de temprano flequillo y una mata de pelo negro azabache de toro negro andaluz poligonero. Así es Yabo.

Piensa, por eso de haber querido ser filósofo («creía en el existencialismo y en Heidegger»), de relatores finos con el hígado de patos juveniles («me preguntaba qué haría»), de posgrados periodísticos y viajes madrileños para estudiar literatura («Madrid era un pueblo gigante. Fui allí cuando El Destape y La Moviada, y yo tenía 15 años»). Y el hombre nació de hombre, hijo único de la crónica de segundos matrimonios («mi padre ya tenía cinco hijos con su anterior mujer. De cinco hijos, cuatro fueron a la guerra de Vietnam, y el quinto desertó y acabó siendo domador de tigres en el Circo Atayde Hermanos»).

Ruge como un desahucio, riesgo latente: de padre («mi padre, Javier, sentía admiración por el ejército, quería que yo fuera médico militar. Él acabó siendo mecánico tornero») y de madre en la cumbre borrascosa de la lectura vulnerable («mi madre, Lilia, profesora, me legó tres mil libros sobre humanidades»).

De padre y de madre, de tasas y pagas y mandos frágiles y manzanas («mi padre tenía una obsesión por las armas y yo luché contra ese elemento. Mi madre, protestante, pertenecía a la Antigua y Mística Orden Rosacruz»).

Austriacos los fagocitados-los duendes-los castillos en el éxodo sistemático de cabellos frugales, Yabo, el hombre, la seña («a mí me gusta reportear las guerras, ser testigo»), es pesimista gatillo y destino intrigante («en algún café de la agencia de noticias Siete24 los jefes manifestaron preocupación por la persecución de cristianos a manos del Estado Islámico. Yo levanté la mano y me fui a Oriente Medio. Entré en Siria, pero buscaba historias de perseguidos, no iba detrás de la batalla»).

El hombre de «alma en penas metida», verde de áreas escasas en los hogares diversos, tiernos y graves, papeles y barcos de Reporteros Sin Fronteras («México es el país de América Latina más peligroso para ejercer el periodismo»), contesta («no más peligrosa Siria que México: más periodistas muertos en un día en Veracruz que en Bagdad») escondido en una radiografía de Arrokoth detallada y primitiva y lejana, lejana, lejana, hijo de un cuerpo celeste con canas («la empresa periodística está obsesionada por el periodismo de datos, por el mal llamado periodismo de investigación. A mí me interesan las historias, cómo la nota cuaja en el ciudadano de a pie, el presente convertido en noticia»).

Luego fue a Sierra Leona, cuenta (historias de ébola); luego cubrió supervivientes («refugiados que sabían que iban a morir pero no murieron»); luego la heroína de la devastación («la odisea de la devastación»), electroshock de velas que migran y que son fértiles («la migración y el feminismo, los dos temas»), *hymn to eternity*, Vivaldi, recompuesto el hombre, Yabo Mora, la mesa, el aceite hirviendo tan cabrón («si me hubieran preguntado de joven qué quería ser habría dicho que estrella de rock, estaba fascinado por Deep Purple y AC/DC. Toco la guitarra. Aún me sé la letra de *Dust in the wind...*»)...

Qué haría, qué haría, qué coche, qué destierro subterráneo por el primer brote de la notable presencia, antes de que él, Yabo, el hombre, la mesa, el aceite, la lluvia final de cristal, fuera periodista fuera reportero fuera contador africano de volúmenes sufrientes («el lugar común fue *A sangre fría*, de Capote, que me impresionó, y también García Márquez y Wolfe»).

Antes de luego, antes, trabajó en *Espacios* («trabajé en *Espacios*, la revista de la Escuela Normal Superior en la que cursé Ciencias Sociales y en la que tuve maestros que me enseñaron a pensar»), antes el chico de los recados del diario local *El Sol del Norte* fascinado por marejadillas intensas de cultura caprichosa y crujiente después de editar libros con La Cuadrilla de la Langosta o con Ediciones Carena para el libro del exilio infernal *Sin maletas* (página 111: «Qamishli: la odisea de Souheil Sahdo»), después de leer filosofía pensar en/como Heidegger *et alter* («me he comprado *La herencia del Dios perdido*, de Peter Sloterdijk, delicioso»).

Antes, chimeneas y ocasos invitados sin límites ni Orange («me preguntaba qué haría»). Ahora, la certeza. Ahora sabe. Yabo Mora sabe qué hacer ahora.

¿Para qué sirve la filosofía, que es el periodismo puesto en boca del oráculo?

Para hacerse preguntas.

Para.

Hacerse.

Preguntas.

Jesús Martínez